

DE LA RECIENTE PRODUCCION BIBLIOGRAFICA

Escribe: URIEL OSPINA

Eduardo Mendoza Varela: *El Mediterráneo es un Mar Joven*.—Biblioteca de Autores Contemporáneos. Vol. 1—Ministerio de Educación Nacional—Bogotá, 1961.

Los libros de viajes son en principio libros sospechosos. A veces puede pensarse que el autor ha bordado sobre ellos, de manera de crearle al lector una imagen a su amaño de algo que este nunca ha visto o que si ha visto ha sido de prisa y muy mal. Una pequeña vanidad muy lógica y bastante excusable arrastra hacia ciertas amables mentirijillas piadosas a las que son muy dados cuantos escriben sobre lo que han visto en sus desplazamientos.

Eduardo Mendoza Varela es una excepción. Porque su libro "El Mediterráneo es un mar joven", no es justamente un libro de viajes sino de sensaciones estéticas. Lo dice muy claramente: son *libretas*. Yo diría más bien, *bosquejos*, como esos que hacen sentados en posiciones incómodas sobre una piedra tumbada en un camino o desde el mirador de una fonda de pueblo los pintores, como base para desarrollos artísticos posteriores. Pero el encanto de un bosquejo reside exactamente en la gracia inconclusa que se encuentra en ellos, en lo que sugieren más que en lo que definen. No son esos álbumes "artísticos" impersonales, pretenciosos sobre una ciudad que no se conoce. Los viajeros comunes traen en sus maletas tarjetas postales o fotos muertas. Mendoza Varela, al cabo de algunos años de haber regresado a Colombia tras prolongada ausencia europea, ha publicado sus estampas, hechas *al natural* en Paestum, en Roma, en San Gimignano, a orillas del Mar Muerto.

"El Mediterráneo es un mar joven" es un libro de sensaciones estéticas. Hay viajeros y hay gentes que viajan. Hay también los que pasan de largo ante las cosas y las gentes dejando en cada sitio que visitan un poco de esa admiración que llevan al por mayor en sus maletas para irlos gastando en cada ciudad como su chequera de "travellers". Y los hay quienes como Mendoza Varela, llegan a esos sitios y ante esas gentes no a ver sino a comprender. A buscar la esencia de las cosas. A sondear su fondo íntimo, ese que aquellas no entregan sino al que está en condiciones intelectuales de apreciarlo y para gustar del cual es necesario un bagaje cultural que ayude a su análisis y a su comprensión.

En estas circunstancias el viajero se transforma en un observador itinerante. Las cosas es preciso saberlas ver, máxime si estas son cosas del Viejo Mundo. Lo único que hay muerto en los museos, en algunas ruinas, en ciertas callejuelas deshabitadas, son justamente quienes las contemplan beatíficamente, "kodak" al hombro. El que sabe llegar hasta su espíritu ve otros panoramas. Pero esto solo puede hacerse con el apoyo de una sólida cultura. Que es precisamente el caso de Eduardo Mendoza Varela y de su libro: "El Mediterráneo es un mar joven".

Además se exigen condiciones de prosista para no dejar escapar la instantánea de un paisaje fugaz que posiblemente nunca vuelva a repetirse. La prosa de Mendoza Varela es bruñida, es prosa de poeta. De un poeta que un buen día decidió marcharse a vagabundear por el Mediterráneo con la despreocupación de un periodista pero cuyo subconsciente poético le estuviera saliendo en cada frase. Y en cuyo fondo hay un intelectual formado en sólidas lecturas clásicas. El lector tiene aquí no solo el libro de un erudito que está lejos de sentar cátedra gravemente, sino el de un observador humano que va a rectificar o a ratificar sobre el terreno muchas cosas que ya conoce y cuya honradez mental le lleva a presentar no como debiera hacerlo para hacerle concesiones a los lugares comunes sino como el que los ha visto y sentido bajo un enfoque eminentemente personal.

En "El Mediterráneo es un mar joven", Mendoza Varela ha hecho un viaje como creo que hace muchos años estaba esperando hacerlo: el "Viaje de Ganimedes".

CARLOS CASTRO SAAVEDRA: ELOGIO DE LOS OFICIOS

Entre el primer libro publicado por Carlos Castro Saavedra, hace de ello unos quince o dieciséis años, *Fusiles y Luceros*, y la aparición del *Elogio de los Oficios* que acaba de ser editado en Medellín, hay una curva curiosa. Castro Saavedra entró en la literatura con una tea encendida, para utilizar una frase que le habría venido de perlas a su primer volumen de versos. Era un inconforme literario y social. Sobre todo esto último. Aún deberían estar frescas en su memoria lecturas de Walt Whitman, de César Vallejo (del más amargado César Vallejo de *Los Heraldos Negros*) y tal vez un poco de los poetas franceses de la Resistencia (Eluard, Aragón, Soupault). Quería dejar sentada fama de agresivo y había logrado conseguir fácilmente estos objetivos juveniles como una reacción contra el amaneramiento un tanto afeminado de la poesía colombiana inmediatamente posterior a "Piedra y Cielo".

Después —los años, la experiencia poética, las responsabilidades sociales, un cierto desencanto, quién, fuera del propio Carlos Castro Saavedra podría decirlo?— su escritura fue depurándose poco a poco. Paulatinamente echó por la borda ese lastre de combatividad. Sin perder sensibili-

dad, desde luego. Antes bien, acentuándola pero haciéndola menos explosiva. El temperamento social no se diluyó. Se transformó. La tea de los primeros días se fue convirtiendo en luz clara y apacible. Pero permanente y de igual intensidad. Castro Saavedra debió hallar que la poesía expresada con guijarros era una poesía que poco o nada podía servir sus intereses sociales. Y la serenidad que no por tranquila es menos efectiva fue llenando poco a poco su obra literaria.

Entre *Fusiles y Luceros* y el *Elogio de los Oficios*, hay pues, en consecuencia, una óptica diferente para mirar el mundo poético. La primera era agresiva. La segunda es regulada. Una gritaba. Otra modula. Castro Saavedra encontró, al fin, que la sensibilidad social no es forzoso expresarla a gritos. También ella encuentra expresión igualmente eficaz en las cosas dichas con la convicción apacible de quien las siente muy íntimamente. Y que ellas por esta vía llegan también al público al que le están destinadas sin la menor necesidad de apelar al temperamento más o menos combativo que todos, en mayor o en menor grado, llevamos dentro de nosotros.

Todo esto hace del *Elogio de los Oficios* un bello libro. Un libro de poesía elemental, clara, fluente. Cuando los ismos están de moda, escribir un libro sobre la poesía cotidiana es al mismo tiempo una audacia y una novedad. Audacia porque se puede aparecer como un desaptado al revés, y novedad porque nuestros falsos vanguardistas sin ver ni hacer algo de vanguardia, han cerrado los ojos a la vida de todos los días. Que es la que Carlos Castro Saavedra quiere recordarnos. O revelarnos (creo que es la palabra más adecuada) en un texto que es al mismo tiempo prosa lírica, exaltación de la vida modesta y reportaje. Es que a veces nos olvidamos de lo que nos rodea y es elemental (de lo cual vivimos justamente) para entregarnos al snobismo de lo que puede hacernos aparecer como descubridores de cosas ya hace mucho tiempo descubiertas.

Es un hecho que Carlos Castro no ha perdido la sensibilidad de sus primeros años. Simplemente, lo repito, la ha depurado. Este tema de las gentes humildes (vivimos por desgracia en una sociedad en donde practicar un oficio manual ya indica cierta inferioridad social) se habría prestado de perillas para la demagogia literaria. Y esto lo habría echado a perder lamentablemente. Pero Castro Saavedra ha sorteado el escollo con habilidad. En el *Elogio de los Oficios* no hay concesiones de tipo populachero; hay poesía, pura y simplemente. Tampoco hay falso folklorismo; hay estilización poética. Y mucho menos falso anecdotismo: hay realismo literario. Por eso digo que su libro tiene virtudes de gran reportaje social, sin caer en la deplorable cursilería del que se inclina sobre temas humildes confortablemente instalado en la mejor poltrona de su casa mientras saborea un buen coñac y quiere hacer aparecerse como un apóstol de salón para uso exclusivo de agitadores sociales también de salón.

La prosa de Carlos Castro Saavedra contenida en estos "elogios" tiene virtudes primarias. Por virtudes primarias debe entenderse siempre la sencillez de la expresión, la claridad en las ideas, la objetividad en el texto. Decir desde un plano poético elevado las cosas como cada uno de

los lectores que no fuera poeta pudiera creer que también podría decir-
las sin lograrlo si se lo propusiera. Es un secreto de buenos escritores.
De esos justamente de quienes los prosadores vanguardistas han tomado
ya por manía burlarse, por simple acomodo de anticonformismo siste-
mático.

Y es también un libro de íntima esencia poética. Porque es la poesía
de la vida diaria, de la que nos circunda, de la que nos rodea, de la que
nos ayuda a vivir. Poesía que por desgracia no siempre somos capaces
de apreciar todos los días, empeñados como estamos en verle siempre su
lado grave a las cosas que menos lo tienen, y en crearnos una metafísica
de la problemática para hacernos aparecer como gentes doctas, cuando en
el fondo, en lugar de este complicado ajedrez intelectual, ya quisiéramos
(avergonzándonos de tener que confesarlo en público) querer ponernos a
jugar al alfarero con todos los Plateros del mundo.